

LA RIBERA DEL TAJO.

ALBUM DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Este Album se publica los dias 1, 8, 16 y 24 de cada mes.—El precio de suscripcion es por un mes 6 rs., tres 16 y seis 30 tanto en Toledo como fuera, remitiendo su importe en sellos de franqueo ó libranza de fácil cobro á D. Juan Bueno, calle de Belen, núm. 19.

Los señores suscritores que gusten remitir trabajos para su insercion, pueden hacerlo, siempre que estén firmados, y no sean agenos al objeto de esta publicacion, dirigiéndose á la redaccion, calle de Belen, núm. 19.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

En las presentes circunstancias conocemos el estado de los ánimos y el anhelo general por saber noticias del teatro de la guerra. Sumamente agradecidos al crecido número de suscritores que sigue honrando nuestro Album, vamos á darles una prueba mas de nuestro agradecimiento.

Por la Real orden de 12 del presente pasada por el Ministerio de la Gobernacion á los Gobernadores de provincia, se permite á toda la prensa, aun á la no política, la reproduccion de los datos oficiales, esplanando su contenido, aunque sin adelantar reflexiones sobre operaciones ulteriores.

En vista de esta autorizacion, en las columnas de nuestro Album aparecerán los partes y datos que inserten los periódicos de la córte, para que nuestros suscritores estén al corriente de los sucesos de la guerra. Si en el intervalo de la salida de un número á otro hubiese un hecho de gran importancia le trascribiremos en un *estrordinario*.

Es cuanto en muestra de agradeci-

miento podemos hacer por nuestros suscritores, atendiendo á la índole particular de este Album.

Los Sres. suscritores cuyo abono termine en este mes, se servirán pasar á renovarle si no quieren sufrir retraso en los números sucesivos.

Seccion científica.

LOS TRES HERMANOS.

IV.

Mucho es lo que nos falta que hablar en defensa del rey D. Pedro, analizando uno por uno los crímenes que le atribuyen, despojándole de ese tinte sombrío y aterrador con que nos le retratan. Sentimos que no sea nuestro Album terreno apropiado para largas discusiones históricas con profusion de nombres, fechas y hechos, único medio de demostrar la verdad de nuestros asertos, pero esto cansaría, de seguro, á la mayor parte de nuestros suscritores, que es precisamente lo que debemos evitar.

Por esta necesidad imperiosa voy á concluir mi defensa cuando solo habia tocado alguno de los puntos capitales que con mas brio se destacan en ese misterioso reinado, que ha dado margen á tantas congeturas y diversidad de opiniones.

He dicho antes que no quiero hacer del rey D. Pedro un santo, solo al ocuparme de él me ha guiado el loable interés de despojarle del título de *cruel* con que se le ha bautizado, sin razon, por multitud de historiadores nacionales, muchos de los cuales para escribir la historia de su pais, han ido á beber en la fuente de libros extranjeros, especialmente franceses, que están

muy interesados en desfigurar los hechos de este reinado, aunque no sea más que para limpiar un borron que cayó sobre el nombre del que ellos tienen como caballero sin tacha, Beltran Claquin: arrancarle su dictado ominoso, y ver si con mas verdad se le puede llamar el *justiciero*, es lo único que me ha impulsado á bosquejar estos artículos, que solo tienen un mérito, el de la buena fé con que han sido escritos, y el fin tan plausible á que tienden.

Hasta las nubes levantan el grito los historiadores-enemigos cuando tratan á D. Pedro en sus relaciones amorosas con Doña María de Padilla y en su casamiento con Doña Blanca de Borbon: antes de pasar adelante debemos advertir que estos señores son los mismos que, pocas páginas antes, relatan sin condenar el mismo defecto en Alfonso XI, y que guardando para con él un respetuoso silencio, se deshacen en injurias y denuestos contra su terrible pesadilla, contra su fantasma maldito, contra D. Pedro: procedamos nosotros á la esplicacion de los hechos y quizás en su sola manifestacion hallemos la propia defensa de nuestro monarca.

Ya habia dado D. Pedro los primeros pasos en esa lucha que sostuvo mientras ciñó la corona: ya su corazon de niño se habia tornado en corazon de hombre, la vista de la sangre que con justicia derramaba no le hacia latir con mas violencia, ni la noticia de la traicion de un noble detenía sus movimientos: D. Pedro era ya el hombre incansable que no se arredraaba ante los obstáculos, el caballero valiente que buscaba los peligros, el ser incalificable que en medio de un lago de sangre, sobre un monton de cabezas de traidores, vendido por todas partes y por todas partes acorralado, aun exclamó con voz terrible, donde se pintaba el orgullo y el poderío de un monarca digno del trono castellano, ¡soy vuestro rey, nadie sobre mí, humillaos y respetad mis leyes! Sitiaba en Aguilar al revoltoso Fernandez Coronel, de quien ya nos hemos ocupado, cuando supo que el bastardo D. Enrique se habia sublevado en Astúrias, y que desde la inespugnable fortaleza de Gijon inquietaba toda aquella parte del reino. Cual el águila que se arroja sobre su enemigo para destrozarle, doblemente irritada al ver que ingrato desprecia su perdon generoso, así D. Pedro levantando el cerco de Aguilar, á marchas forzadas se dirigió á Astúrias sediento de venganza. D. Enrique, que no contaba entre sus buenas cualidades la del valor, asustado de la tormenta que iba á descargar sobre él, desamparó á sus soldados y huyó á resguardarse á las montañas, en cuya fragosidad se tenia por seguro: el rey tornó á Gijon, perdonó á los que le defendian y aquietadas aquellas comarcas volvió á la Anda-

lucía, donde Coronel seguia sublevado. En el palacio de Alburquerque, en Sahagun, tuvo ocasion de ver á Doña María de Padilla; su juventud y su hermosura cautivaron al rey, cuyo corazon hasta entonces no habia sentido sino esas fugaces sensaciones amorosas que desaparecen con el logro del objeto ambicionado. D. Pedro no quiso deslumbrarla con el brillo de su corona, ni con su magestad régia, prefirió que Doña María le amase por ser hombre, dejando á un lado el ser de rey, y en efecto, sus deseos fueron cumplidos; aquel desgraciado mancebo que no veia á su alrededor ningun semblante verdaderamente amigo, que cercado siempre por la traicion vivia recelando de todo el mundo, pudo disfrutar en los brazos de la hermosa castellana Doña María largas horas de dulce sosiego, donde, alejado de los asuntos del reino, se mostraba tal como era, amoroso, galante y caballero cumplido. ¡Cuántas veces su frente contraida por el dolor se volvía tersa y pura al contacto de un beso de la muger que siempre amó! ¡Cuántas veces sus lábios que murmuraban una sentencia de muerte la olvidaron para pronunciar juramentos de amor y de fidelidad! Las únicas horas de sosiego y de ventura que disfrutó en su azaroso reinado fueron las que pasó al lado de la muger á quien, desafiando todas las consecuencias y venciendo todos los obstáculos, dió la mano de esposa, y sus hijos hubieran ocupado el trono de Castilla, si la fraticida mano de un bastardo no se le hubiera usurpado!

Los historiadores ven en esta pasion amorosa el trato ilícito de un hombre casado con una manceba, y partiendo de este principio erróneo deducen consecuencias, faltas de lógica y de toda verdad; pues el punto de que dimanar es completamente falso: lanzan sobre la hermosa Doña María, el ángel de bien de D. Pedro, toda clase de dictorios é insultos, y algunos llevados de su furia hasta se espresan en términos indignos de un cristiano y de un caballero, pues hablando del sentimiento que produjo la muerte de Doña Blanca de Borbon, dice, que esta tristeza se alivió con la muerte de Doña María ocasionada poco tiempo despues. ¡Es hasta donde puede llegar el espíritu de partido! Sin embargo, todos estos historiadores hablan y algunos copian íntegro el testamento del rey D. Pedro, y en él reconoce como única reina á Doña María, y deja á sus hijos el trono de Castilla, como verdaderos infantes habidos en legítimo matrimonio: la nobleza entera asistió á las córtes que el rey celebró en Sevilla, y á no haber sucumbido el infante D. Alonso, en la menor edad, él y no otro hubiera sido aclamado rey de Castilla: pues si cosas que son públicas y están patentes de tal modo las desfiguran los escritores parciales, ¿qué no harán con las que

encubre el misterio, ó aquellas cuyas razones no se hallen al alcance de todo el mundo?

Verdaderamente la mejor justificación de Don Pedro, es su testamento que se encuentra en el archivo real, en él se refleja su alma tal como era, su espíritu cristiano y caballeresco, y deja lugar á largos pensamientos sobre lo que hubiera sido aquel hombre nacido en un siglo que le comprendiera mejor y libre de aquella nobleza, su constante enemigo, á quien venció y humilló poniéndola casi al nivel del pueblo hasta entonces despreciado, y á quien se le tenía mas que como á una legion de hombres de voluntad libre, como á una turba de esclavos, que obedecían ciegamente al menor capricho de sus señores, la nobleza degradada y ambiciosa.

Volvamos á Doña María de Padilla, que entusiasmó de tal modo á su real amante, que despreció por ella los consejos de su favorito, las quejas de su madre, y las protestas de mil nobles rebeldes, que tomando el nombre de la nacion robaban y saqueaban á aquella misma nacion que al parecer defendían. Alburquerque, que un principio coadyuvó con su influencia al buen éxito de aquella pasión, al ver el incremento que tomó, asombróse de su obra y se propuso destruirla, pintó con los mas negros colores aquella nueva locura del rey, propaló, aumentando por consiguiente, los males que traería al reino, y al fin creyendo dar el golpe de gracia á aquel fantasma que contra su poder y favoritismo él había creado, pensó casar al rey D. Pedro con una princesa real y fijó su vista en una de las seis hijas de Pedro, duque de Borbon: mandó sus embajadores, de acuerdo con la reina madre Doña María de Portugal, y admitida la petición se eligió á Doña Blanca, jóven hermosa, y de un alma angelical. De un modo terrible se rebeló la cólera del rey al ver la nueva traición de su favorito, que disponia su casamiento, cuando estaba muy satisfecho habia tomado por esposa á Doña María de Padilla; sin embargo, para acallar las murmuraciones del reino y no agraviar á la jóven princesa, que ninguna culpa tenia, consintió en el enlace que se verificó en Valladolid, pero con tal frialdad por parte de D. Pedro, que muy á las claras demostraba su disgusto; así fué que al tercer día, sin escuchar las palabras de su madre ni de su favorito, ya caído de su gracia, abandonó á Doña Blanca y corrió presuroso al lado de la bella Doña Maria, que se hallaba en Montalban. En esta jornada le acompañaron D. Enrique y D. Fadrique, sus hermanos, para captarse sus simpatías; pero muy luego comprendieron lo indomable de aquel corazón de bronce y se aprovecharon de este abandono de Doña Blanca, que ellos habían dado como justo y honroso en el mero hecho de acom-

pañarle, y levantaron bandera por ella, lo que contribuyó mucho para el desgraciado fin de D. Fadrique. Ni en esta ocasion ni despues agravió Don Pedro á su esposa, aunque nunca se unió á ella, y cuando la sublevación de Toledo, no solo la perdonó, él tan sanguinario y cruel, sino que hasta dejó á su lado los mismos caballeros que tenían cargos en su palacio. Su muerte acaecida algunos años despues se le achacó á D. Pedro, pero para demostrar cuán falsa es esta acusación, basta decir que por entonces nada hizo Doña Blanca que motivase esta justicia del monarca, y que á ser verdad, el rey de Francia, su pariente, hubiera acudido anhelante á tomar justa venganza: nada de esto sucedió, pues si es verdad que D. Enrique trajo tropas francesas que apoyasen su rebelion, eran estas aquellas famosas compañías blancas, que asolaban toda la Francia, y de ninguna manera se pueden tener por tropas reales hordas de bandidos, aun cuando á su frente trajesen hombres como Beltran Claquin, que luego fué condestable del reino.

Aquí está bosquejada la historia de esas dos mugeres que tanto figuran al lado de D. Pedro: Doña María, jóven, hermosa, adorando á su amante hasta el momento de sucumbir, muriendo como reina de Castilla, mirada como tal y sus hijos considerados como verdaderos infantes reales y á su lado Doña Blanca, la jóven y desgraciada reina, juguete de un ambicioso favorito, arrojada en medio de dos amantes que se adoraban y sufriendo el olvido del hombre con que se había enlazado, y á quien aseguran amaba con toda fé.

Libre pues D. Pedro de esas injurias que le lanzan por unos amores que legitimó un enlace sagrado, y no pudiendo estendernos en la defensa de otras muertes que se le atribuyen, vamos á decir, por conclusion, cuatro palabras que espliquen por que le tratan con tanto encono algunos escritores.

La sombra constante de D. Pedro, desde antes de su nacimiento hasta despues de reposar bajo la fria losa del sepulcro, fué su hermano D. Enrique, Conde de Trastámara. Hijo de Don Alfonso XI y Doña Leonor de Guzman, tenia mas edad que nuestro rey. La obediencia de todos los nobles que se inclinaban á él tratándole como á legitimo infante, desarrolló desde niño un orgullo ilimitado y una costumbre de mandar y ser prontamente obedecido. A la muerte de su padre, él, que había ocupado el primer lugar en la corte, no pudo resignarse á ser el segundo, y desde el instante que su hermano ocupó el trono, le juró guerra á muerte, y principió esa larga série de rebeldias y sublevaciones, que no pudo cortar la benignidad de los primeros actos del monarca,

ni sus repetidos perdones. El para hacer daño á D. Pedro se unió á la muger que de público se señalaba para esposa suya, á Doña Juana Manuel; él se levantó una vez y otra; él recogió bajo su bandera á todos los nobles que huían de la justa saña del rey: él era foco de toda rebelion, alma de toda sublevacion, y cuantas cabezas de nobles cayeron bajo el hacha de los verdugos reales fueron de otros tantos partidarios, que su hipocresía y doblez habia sabido granjearse; él fué el génio del mal del rey D. Pedro, y para hacerle daño no titubeó en aliarse una vez y otra con los enemigos de Castilla, andubo desde Aragon á Francia, desde Francia á Granada y luego todo el que, por mas criminal y traidor que fuese en Castilla se pasase á su partido, en premio de su traicion encontraba dádivas y mercedes, anunciando ya aquella maravillosa prodigalidad en repartir bienes á diestro y siniestro, que aun se conoce con el nombre de *mercedes enriqueñas*: él fué quien sublevó todo el reino en su perjuicio, quien huyó á uña de caballo en la batalla de Nájera, quien hizo perder su fama de buen caballero á D. Beltran Claquin, el famoso francés, que oscureció todas sus glorias, marchitó todos sus laureles, cuando traidor á su palabra, atrajo á D. Pedro á su tienda para entregarle á su hermano bastardo, y al ver vencedor y triunfante al valoroso D. Pedro, que iba á terminar la larga lucha arrancando la vida á su enemigo, este mismo D. Beltran, exclamó: «Ni quito rey, ni le pongo; pero ayudo á mi señor» al tiempo que colocaba á D. Enrique sobre su infeliz hermano, que murió bajo el puñal fratricida. El rey D. Pedro despues de su sangriento fin, debía sufrir un ultraje mas, debía aparecer á las generaciones venideras como un lobo sediento de sangre humana, y *lujurioso*, y *avaro*, y *hereje*, y lleno de todas las perversas cualidades que á su asesino conviniere. Porque ¿que debía hacer D. Enrique, una vez sentado en el trono, sinó desfigurar su fratricidio, acumulando crímenes y mas crímenes sobre su víctima? ¿No era este el principal cuidado que debió asaltar á su corazon cuando con la sonrisa de una ambicion satisfecha, pusiese la mano sobre la corona real, arrancada de las sienas de su hermano? ¿No debió ser esta su eterna pesadilla en los diez años que gobernó un reino, que tanto le costára, hasta que sucumbió envenenado por Mahomed, rey de Granada, no pudiendo olvidar que era el asesino de su antiguo aliado D. Pedro? Pues si estas reflexiones acuden enseguida á nuestra imaginacion ¿qué mas pruebas queremos? Si D. Enrique tenía tan poderosos motivos para ennegrecer el reinado de D. Pedro ¿qué extrañeza nos deben causar esa multitud de crímenes falsos ó mal atribuidos?

Desde el momento en que se piensa con un poco de cuidado en estos hechos, empiezan á palidecer los rojos colores que sombrean la figura de Don Pedro y aparece esta con su propio colorido, con sus virtudes que se deben alabar, con sus torpezas y crímenes que merecen la censura.

Aquí teneis los motivos porque D. Pedro ha sido tan injuriado por escritores nacionales y extranjeros, por los nacionales queriendo apartar la maldicion que lanzan todos los corazones contra D. Enrique, fratricida y usurpador: por los extranjeros, para apartar el nombre de traidor, que va anejo á este mismo fratricidio y que empaña las glorias y hazañas de su Cid, Beltran Claquin.

Hemos concluido nuestro propósito: no queremos, segun se dijo al principiar, que se le tenga por un santo, pues hartos pecados manchan su vida; pero antes de censurarle, apellidándole *cruel*, léase la historia con prolijo cuidado, véanse las razones que tuvo para obrar como lo hizo, trasladémonos á su época, no olvidemos los obstáculos con que tuvo que luchar, y estamos seguros, que no aparecerá tan sangriento y terrible como nos le pintan sus detractores.

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

Poesias.

EL PRIMER AMOR.

LEYENDA ORIGINAL.

En el vecino aposento

Pasos la jóven sintió,

Y en el seno se guardó

El pergamino al momento.

Don Gonzalo, pues él era

Quien allí se aproximaba,

Entró donde su hija estaba

Y la habló de esta manera:

—Guárdete el Cielo, hija mia.

—Y á vos, mi padre y señor.

—¿Por qué revela dolor

Tu semblante en este dia?

—Sin duda vuestro interés

Os engaña; alegre estoy.

—Quiero que tratemos hoy

De tu porvenir, Inés.

Sin madre en temprana edad

Le plugó dejarte al Cielo,

Y siempre ha sido mi anhelo

Hacer tu felicidad.

De tu niñez ha pasado

El tiempo, y es menester,

Puesto que ya eres muger,

Trates de tomar estado.

Todos la belleza admiran

De ese tu rostro gentil,

Y en verdad que mas de mil

Galanes por tí suspiran.

Es inmensa tu fortuna,

Y solo darás tu mano
 A uno que descienda ufano
 Cual tú de elevada cuna.
 Un galán lleno de amor
 Por esposa te ha pedido,
 Y verle contigo unido
 Será mi dicha mayor.
 Que es noble y rico á la par
 El hombre que te ama, Inés.
 —Saber espero quien es.
 —Don Rodrigo de Aguilar.
 Tu mano solo merece
 Hombre de estas condiciones.
 —¿Qué me importan sus blasones
 Si mi alma le aborrece?
 —¿Y por qué, dime, cruel
 Tu corazón le rechaza,
 Cuando es ilustre su raza
 Y el más gallardo doncel?
 Es muy extraño en verdad
 El que procedas así;
 Otro más digno de tí
 No hallarás en la ciudad.
 —Será noble, será rico
 Y el más gallardo doncel,
 Mas, uniéndome con él
 Mi ventura sacrifico.
 Y viviendo desgraciada,
 ¿De qué sirve la nobleza
 Y tener mucha riqueza?
 Fuerza es decirlo, de nada.
 Unirme quiero al que yo ame,
 Y no importa que su cuna
 Sea humilde y su fortuna
 Con tal que feliz me llame.
 —¿Qué es lo que hablas desgraciada!
 Antes quisiera la muerte
 Mejor que llegar á verte
 Con un villano casada.
 ¿Así rompes en un día
 Mi más dorada ilusión?
 —Perdon, señor.....
 —No hay perdon
 Para una acción tan impia.
 No pienso, no, ser infiel
 A la palabra que dí
 A Don Rodrigo: ¡ay de tí
 Si no te casas con él!
 —Padre mio.....
 —Sella el labio,
 Que ese nombre se envilece.
 Llamarme así no merece
 La que me hace tanto agravio.
 Y aunque tu pecho taladre
 Con lo que á decirte voy,
 Debes saber que desde hoy
 Pierdes el amor de un padre.
 Tú la existencia me quitas
 Con ese empeño fatal,
 Y en un abismo infernal
 Sin duda te precipitas.
 —Perdon, perdon, padre mio,
 Os lo pido arrodillada.
 Miradme en llanto anegada
 Por mi loco desvario;
 Miradme, por compasión,
 Señor, sin mostrar enojos.
 —Apártate de mis ojos;
 No eres digna de perdon.

—¿Por qué os mostráis inhumano
 Con la hija que tanto os ama?
 Cese el furor que os inflama
 Y tendedme vuestra mano.
 Conozco mi ceguedad,
 Conozco mi desvario,
 Y quiero ya, padre mio,
 Cumplir vuestra voluntad.

—¿Qué escucho! ¿No es ilusión?
 ¿Al fin para mi consuelo,
 Inspirarte quiso el Cielo
 Tan noble resolución?

—A obedeceros me obligo
 Con el mayor interés.
 Si lo queréis, será Inés
 Esposa de Don Rodrigo.

—Así me gusta, hija mia.
 Levanta, ven á mis brazos,
 Y completen estos lazos
 Mi ventura en este día.
 Sereis felices los dos
 Y se cumplirá mi anhelo.
 Inés, que te guarde el Cielo.
 —Id, padre mio, con Dios.

(Se continuará.)

MATEO CASADO Y REAL.

¡SOLA EN EL MUNDO!

¡Tan joven y tan triste y abatida!
 Apenas á salir al mundo empiezas
 A gozar del placer de aquesta vida,
 Y ya se observan en tu faz preciosa
 Las huellas del dolor!
 ¿Cómo antes alegre y venturosa,
 Tu juvenil edad feliz corria,
 Y hoy dejando tu plácida alegría
 Te muestras siempre pálida y llorosa?
 ¿Quién ha sido el mortal desapiadado
 Que apenas el placer
 Llegaste á comprender,
 Osó con intención y mano fiera
 Cortarle en la mitad de su carrera?
 Pero ¡ah! ya comprendo..... No me acuses
 Si abrí cruel la llaga dolorida
 Que tu espíritu abate,
 Perdona si homicida
 Ese triste combate
 Que ocultas en tu pecho he renovado,
 Y con las frases que vertió mi boca
 Mas y mas tus desdichas he aumentado.
 ¡Tus cariñosos padres
 La tumba arrebató!
 Bellas almas, á quienes mil caricias
 Tú prodigabas tierna y anhelante,
 Dignos seres en cuyo seno amante
 Pasabas una vida de delicias.
 Es justo tu dolor, justo es el llanto
 Que se desliza de tus bellos ojos,
 Ahora comprendo tu infeliz quebranto,
 ¡Llora, si, llora con dolor profundo
 Pues has quedado sola en este mundo!
 Sola en el mundo cuando á entrar empiezas
 En la estación más bella de la vida,
 Sola en el mundo cuando mil bellezas
 Giran en torno de tu edad florida.

Mas qué valen la gracia y juventud,
 Tu angélica figura
 Y el alma casta y pura
 Que te dió el sumo bien,
 Si está tu corazón ya destrozado
 Y á fuerza de las penas marchitado?

No sirve nada, no: la escelsa gloria,
 El fausto, lujo, honores y riquezas,
 Solo nos prestan dicha transitoria,
 Y los cortos momentos de placer
 Que alguna vez nuestra existencia alhagan,
 Prólogos suelen ser de triste historia
 De fatales y amargos desengaños,
 Pues una mano oculta é inclemente
 Parece que al momento de nacer
 Imprime sin piedad en nuestra frente
 El signo de sufrir y padecer.

Tú por desgracia ya lo has comprendido.
 Cándida flor que al sol de la mañana
 Tu cáliz has abierto
 Tan esbelta, tan fresca y tan lozana,
 Creyendo hallarte en un risueño campo
 De verdura y placer todo cubierto,
 Un desierto has hallado
 De espinas erizado,
 Cuyas puntas tus hojas han herido
 Y tu oloroso aroma han destruido.

Mas no al llanto te entregues con esceso
 Aumentando tu lánguida tristeza,
 No estieras delirante el rudo peso
 Del tétrico dolor que tu alma oprime
 Y ajando vá tu singular belleza.
 No cubras, no, tu angelical semblante
 De mortal palidéz; tus ojos bellos
 Vuelvan á renacer esplendorosos
 Con aquellos vivísimos destellos
 Que en otro tiempo en ellos se encontraba,
 Y aparezca en tus labios purpurinos
 El precioso carmin que los pintaba.

No alargues mas las desgraciadas horas
 Que eternizando van tu desventura.
 Esos caros objetos por quien lloras
 Acaso gocen ya dicha segura,
 Y tú que solitaria y retirada
 En la tierra te juzgas,
 No existes para todos ignorada;
 Que tu alma candorosa é inocente,
 Tu virtud eminente,
 Y las amargas penas que has sufrido,
 Eco han hallado en mi piadosa mente
 Y mi pecho han herido,
 Y hoy sin ficción y con lealtad entera,
 Te ofrezco pura mi amistad sincera.

Unidos ambos con sus firmes lazos
 Nos confiaremos con afecto tierno
 Las felices ó tristes emociones
 Que sientan nuestros mútuos corazones.
 Tú con tu dulce voz, mis horas llenas
 De horrible luto amante calmarás
 Tornándolas dichosas y serenas,
 Yo con mis pobres, débiles acentos
 Haré cesar un tanto los lamentos
 De tu afligido pecho, y de este modo
 Compartiendo pesares y alegrías
 Tranquilos viviremos esperando
 Un nuevo sol que alumbre nuestros días.

JULIAN LOPEZ Y DIAZ.

UN RECUERDO.

En una de esas mansiones
 De aspecto triste, miedoso,
 Donde al pobre y poderoso
 Alcanza la misma ley;
 Donde todos se reúnen
 Y al penetrar sus humbrales
 Quedan en el acto iguales
 Desde el mendigo hasta el rey.

Al pié de fúnebre losa
 Un jóven arrodillado,
 Al parecer abismado
 En triste meditacion,
 Rompió el sepulcral silencio
 Que en aquel sitio reinaba
 Y se oyó que murmuraba
 Una cristiana oracion.

Después con voz apagada
 A veces por la tristura,
 Lloraba con amargura
 Su repetido dolor.
 Y lanzando una mirada
 Sobre aquella losa fria
 «Leonor, Leonor, repetta,
 Ruega que muera al Señor.

«¿Por qué tan pronto el destino
 Te arrebató de mi lado?.....
 Para vivir separado
 De tí, no quiero vivir.
 ¿Qué me espera en este mundo
 Sin tu amor, que era mi gloria?...
 Un recuerdo á tu memoria
 En mi fatal porvenir.

«Ya el brillo de tu mirada,
 Prenda amada,
 No me dará resplandor,
 Ni contemplaré anhelante
 Tu semblante
 Tan bello y encantador.

«Ni en día de desventura,
 Virgen pura,
 Podrás mi pena calmar,
 Ni mis labios en tu frente
 Con fé ardiente
 Volveré amante á posar.

«No oiré tu voz deliciosa
 Y armoniosa
 Que tantas veces oí.
 Desierta hallaré tu reja
 Dó la queja
 Primera de amor te dí.

»Ya no iré en la primavera
La pradera
De flores á pasear,
Ni del arroyo vecino.
Cristalino
Aguá volveré á libar.

»Placeres allí no hallára
Ni encontrára
Sino tristeza y dolor,
Que tan solo los habia
Cuando oia
Tus juramentos de amor.

»Adios, Leonor adorada,
Cuán llorada
Tu muerte ha sido por mí,
Ruega al Señor que á tu lado
Sea llevado...
Odio la vida sin tí.»

Calló el jóven y al momento
Con rostro triste y lloroso,
Abandonó silencioso
Aquel fúnebre lugar.
Se retiró á su morada
En donde pasaba el día,
Y por la noche volvía
Al cementerio á llorar.

JULIAN MURO DE LA ORNILLA.

MI AMOR Á FLORA.

Flor hermosa bañada
De matinal rocío,
Ninfa que al bosque humbrió
En mágica morada
Conviertes del amor,
¿Quién puede contemplarte,
Y no adorarte?
Angel bello que ostentas
Mil refulgentes galas,
Querube en cuyas alas
El encanto acrecientas
Del iris seductor,
¿Quién puede contemplarte
Y no adorarte?
¿Quién si tus gracias mira,
No suspira
Por tu amor?
Brisa, que el vivo fuego
Templas de estío ardiente,
Astro que dulcemente
De la noche el sosiego
Animas brillador,
¿Quién puede contemplarte,
Y no adorarte?
¿Quién si tus gracias mira
No suspira
Por tu amor?

Al Cielo de tus ojos
Quise alzarme de un vuelo ¡¡ desdichado !!
Yo, que de aciaga suerte los enojos
Lloro desconsolado
Sin esperanza alguna,
Yo, que te adoro triste..... sin fortuna,
Que á tus plantas rindiera
Un mundo, si yo un mundo poseyera.

ANGEL DEL CAMPILLO Y BAIGORRI.

Madrid 16 Agosto de 1839.

PERIQUILLO HECHO FRAILE.

Jovenzuelo Periquillo
Era un muchacho travieso,
Y sus parientes por eso
Quisieron que el tal chiquillo,
Dentro de un convento acaso
Sus travesuras domara,
Y el padre ya se prepara
Dando alegre el primer paso.
Se lo advierten; y él reniega
De tan feliz pensamiento,
Porque dice que el convento
Para su génio no pega.
Bufa, pateá, se escapa,
Le cogen, llévanle al coro,
Y á pesar de tanto lloro
Va á ser monge de la Trapa.
Sus padres tuvieron baile
De la tal fiesta en honores,
Y yo os presento, lectores,
A Periquillo hecho fraile.

GABRIEL BUENO.

Noticias varias.

AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR. Hemos visto con sorpresa en uno de los periódicos de la córte, y refiriéndose á una carta dirigida desde esta poblacion, que el Sr. Gobernador trataba de realizar el pensamiento que se den dos funciones teatrales, cuyos productos se destinarán á la guerra de Africa. Una por la compañía que trabaja en el Teatro, bajo la direccion del conocido barítono D. Antonio Campoamor, y otra por varios jóvenes aficionados dirigidos por el citado Sr. Campoamor, que desempeñará uno de los principales papeles, cediendo al efecto gratuitamente el Teatro.

Amigos de la verdad, y de que cada uno ciña los laureles que alcance y merezca, estamos en el deber de manifestar, que el Sr. Gobernador puede muy bien haber concebido tan patriótica idea, pero el que á nosotros nos la sugirió fué el Ilmo. Ayuntamiento, que la aceptamos inmediatamente, no habiéndola ya realizado por motivos que en nuestro *estrordinario* espresamos: respecto al Sr. Campoamor, no dudamos un instante de su entusiasmo y amor nacional, pero en esta ocasion no le ha podido demostrar, á causa de que nadie le ha invitado ni para la direccion de la funcion, ni para el desempeño de ningun papel, principal ó accesorio: solo toman parte en ella la Srta. Lutgarda Perez y Doña Benita Benito; el Sr. Rogel, que ha puesto en música, muy bien por cierto, dos coros que tiene la loa, y los coristas encargados de su ejecucion. Sobre ceder gratuitamente el Teatro, sin duda ignora el autor del comunicado, que por la condicion 13 de la subasta, el Ilmo. Ayuntamiento puede usar de él libremente cuando

dispusiese dar por sí alguna función ó espectáculo por causa de festejo público ú otro motivo extraordinario; á haber sabido esto no hubiera dicho nada sobre el particular.

Sentimos muchísimo que algunos amigos demasiado *oficiosos*, por sus malas noticias, nos pongan en el caso de hacer declaraciones que nos desagradan.

TEATRO. Nada nuevo nos han puesto en la semana, habiéndola pasado repitiendo zarzuelas ya ejecutadas: solo hemos visto una piecica en un acto, titulada *Indicios Vehementes*, en la que se distinguieron la Srita. Perez y el Sr. Campoamor, pero dijeron con mucha intencion los versos de una escena que son algo picantes, aunque de no hacerlo así, se quitaría el efecto y empalagaria. Tambien nos han hecho el *Valle de Andorra* y la comedia *Atrás!!* á beneficio de la Srita. Lulgarda; pusieron de su parte lo que pudieron, y sobre todo la Srita. Torres, que desempeñó la Luisa bien, á nuestro parecer dice bastante regular, pudiendo aprovechar para otras funciones: la Srita. Perez dijo bien la Teresa, pero no cantó, á pesar de que tiene que hacerlo, segun otras veces hemos visto, pudiendo haberlo desempeñado la Srita. Estañol.

Hemos tenido el sentimiento de acompañar á la última morada los restos de D. José Izquierdo y Rey, doctor en Jurisprudencia, catedrático de la suprimida Universidad de esta ciudad y destinado en la actualidad á la de Sevilla, falleció en la noche del 21 del presente, dejando sumidos en el mayor desconsuelo á su familia y numerosos amigos.

Se nos ha remitido el siguiente comunicado, que nos apresuramos á insertar.

«Señores Redactores de *La Ribera del Tajo*.—Muy señores míos: en el suplemento al núm. 15 de su apreciable Album, se transcribe literal la esposicion que el Ilmo. Ayuntamiento de esta ciudad, á que me honro pertenecer con el cargo de tercer Teniente Alcalde, eleva á S. M. ofreciendo un donativo para subvenir á los gastos de nuestras tropas en la gloriosa campaña de Africa. En ella se omite mi nombre, á causa de hallarme ausente de esta capital cuando se celebró el acuerdo y fué redactada: pero identificado con tan patriótico pensamiento, me apresuré á mi regreso á adherirme á él; lo que ruego á VV. se sirvan publicar en el número inmediato para que llegue á noticia de sus lectores y apartar de mí cualquiera interpretacion que pudiera surgir el vacío de mi firma en tan honroso documento.

Soy de VV. atento y S. S. Q. B. S. M., Juan Cecilio Jimenez.—Toledo 19 de Noviembre de 1859.»

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

Variedades.

APÓLOGOS.

Ayer Adolfo, pollo amable y bello,
Entró en una tertulia
Y al saludar á Obdulia
Perdió una oreja al roce de su cuello.
Todo pollo por ir muy estirado
Se queda sin orejas con agrado.

Estornudó con brio Paco Oliva
Llenándose la cara de saliva,
Y de su boca, al gran esfuerzo que hizo,
Lanzó un descomunal diente postizo.
Es menester huir de ciertos entes,
Que seguros no tienen ni los dientes.

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

EPÍGRAMAS.

Enfermo Juan, vió á su amante
Y dijo con embeleso:
«Si me das Elvira un beso
Mi mal se cura al instante.»
Ella al pronto, lo negó,
Mas como el mal abanzaba,
Por ver si se mejoraba....
Complaciente se lo dió.

Casarme con Doña Andrea
Aunque fea, me es preciso
Véalo el mundo cual lo vea,
Porque hallando muger fea
No me pone..... en compromiso.

GABRIEL BUENO.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Ayer en tu cuarto entré,
En un cuadro ví tu cara
Y en otro de mas allá
Estaba la hermosa Cava.
Aunque esto observaba atento
No dejé de ver la vara
Que estaba tan escondida
Como en tu pelo una cana.
Despues, Laura, me dijiste
Enseñándome una rana;
Vete al moro, comprarás
Aunque no de buena gana,
Una cáraba pequeña
A cualquiera CARAVANA.

BERNARDINO ARANDA.

CHARADA.

Las dos sílabas primeras
Suelen servir de recreo
A los niños y niñeras,
Cuando salen de paseo.
Pero si el lector se inclina
A ponerlas al revés,
Resulta una medicina
Que ha descubierto un francés.
Con segunda á terciá unida
Sin que haya dificultad
Puedes formar enseguida
El nombre de una ciudad.
Quien se halle en la situacion
Que indican prima y terciá,
Es digno de compasion,
Aunque su novia le quiera.
Cual prima, terciá y segunda
Se puede llamar un hombre,
Y aunque este género abunda
Hay muy pocos de ese nombre.
El todo es bien singular;
Ni se toca ni se vé,
Pero se deja anunciar
En donde quiera que esté.

M. CASADO Y REAL.

Editor responsable, D. Juan Bueno.

TOLEDO: 1859.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,

Aucha, 31, y Nuncio Viejo, 11.